

ANTONIO GARCIA VERDUCH



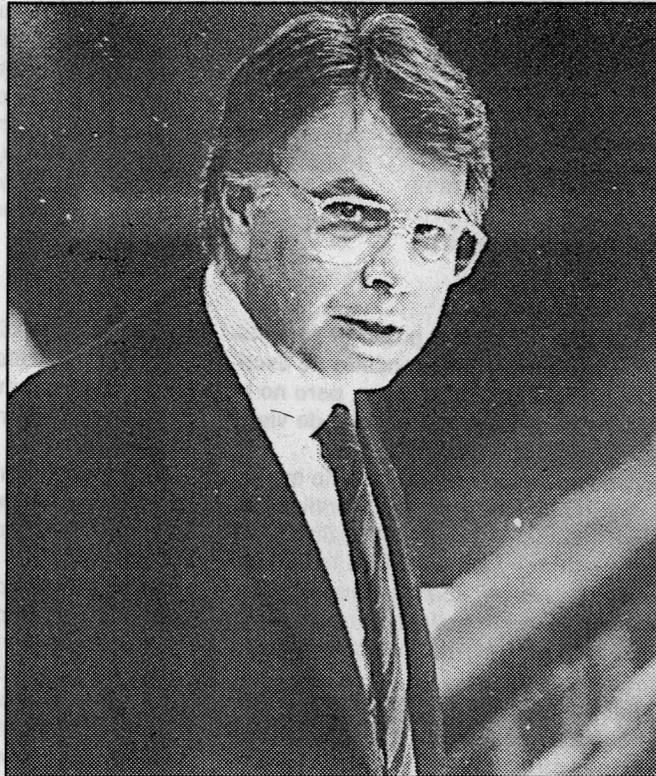
El programa socialista (1982-2007)

Cuando en el año 1982 el Partido Socialista ascendió al poder, la inmensa mayoría de los españoles consideró este hecho como absolutamente natural, sin más significación que una alternancia en el poder, como es lo habitual en la práctica democrática. Según esta práctica, unos y otros partidos se alternan en la gobernación del país, y todos aceptan con naturalidad las reglas del juego, porque coinciden en reconocer, básicamente, el modelo de sociedad que han de administrar desde el poder.

Se entiende -o debería entenderse- que cuando la democracia comienza a funcionar con suavidad es cuando ya han finalizado todas las convulsiones revolucionarias y, en consecuencia, cuando los partidos políticos que intervienen, han abdicado ya de sus tentaciones revolucionarias, y están dispuestos a gobernar o administrar una sociedad ya configurada, y no a moldearla en unos u otros troqueles.

En el caso español, la revolución se hizo ya al pasar de un régimen autoritario a un sistema democrático, y al establecerse las reglas básicas del juego. De ahí en adelante, sólo cabía realizar una buena administración y una estricta custodia de los derechos privados y colectivos, para que la sociedad, de un modo espontáneo, y sin presiones ideológicas de ningún tipo, fuese reajustado, poco a poco, sus modos de convivencia, si así le conviene.

Así, pues, resulta absolutamente incompatible con este modelo la existencia de partidos políticos dispuestos a



abusar de las prerrogativas de un sistema democrático, excediendo los límites de la mera gobernación, para llevar a cabo sus propias revoluciones, y para moldear la sociedad con la rigidez de sus particulares dogmatismos.

Las atribuciones de los partidos políticos en el poder deben limitarse a ejercer la gobernación y la administración, dentro del más escrupuloso respeto a las costumbres, hábitos, creencias y modos de vida de la población, que constituyen su más preciado tesoro cultural, heredado de las generaciones precedentes. Ninguna generación puede, legítimamente, atribuirse la prerrogativa de actuar contra esos valores culturales, ni siquiera en nombre de las más iluminadas ideologías.

muros de hormigón y los telones de acero.

Para obviar esta vía rápida desastrosa, sin renunciar al logro de su finalidad última, que es la de construir sociedades socialistas, se descubrió hace tiempo una solución mágica, que consistía en hacer revoluciones lentas y pacíficas, en vez de hacerlas rápidas y violentas.

Las revoluciones rápidas, realizadas en unos meses o en unos pocos años, han resultado ser, además de sangrientas, absolutamente ineficaces para construir sociedades socialistas estables, que puedan sobrevivir sin tener que aplicar, permanentemente, una presión sobre los pueblos. La solución mágica está en realizar revoluciones lentas, de veinticinco o más años, porque, de ese modo, los ciudadanos sometidos a metamorfosis, no sufren mutaciones rápidas, que son traumáticas, sino mutaciones lentísimas, que son insensibles.

Para lograr un determinado grado de transformación social se pueden seguir, pues, dos vías alternativas: Una rápida, de dos o tres años, que siempre es violenta, u otra diez veces más lenta, de veinte o treinta años, que tiene carácter pacífico. En uno y otro caso se consigue el mismo grado de expolio de los valores culturales que han atesorado los pueblos a lo largo de su historia. En el primer caso, el expolio se ha producido a punta de pistola, y en el segundo, mediante una sisa largamente practicada.

Los cambios bruscos son traumáticos, como lo es el intento de introducir rápidamente la mano en el agua, dando una fuerte palmada so-

Desgraciadamente para el equilibrio político español, aún existen partidos empeñados en llevar a cabo sus revoluciones pendientes, aún a riesgo de vulnerar la pureza del propio sistema democrático.

La Historia ha enseñado sobradamente al socialismo que la práctica de arrasar todos los valores preexistentes para implantar en la sociedad los suyos propios, no puede hacerse sin violencia, en un breve periodo. Las revoluciones rápidas son siempre violentas y, después de triunfar, se ven forzadas a mantener con el terror lo que han conseguido con la violencia. Los resultados prácticos que se obtienen por la utilización de esa vía rápida son los que, tristemente, ha contemplado el mundo entero al caer los



bre su superficie. Los lentos no lo son, como tampoco lo es la introducción lenta de la mano inclinada dentro del agua.

Este invento socialista sería plausible si se diesen las siguientes circunstancias:

a) Si no constituyese un descarado intento de invadir el área de la intimidad personal por aplicación de presiones psicológicas que no han sido solicitadas.

b) Si pudiese ser llevado a la práctica dentro del más escrupuloso respecto a la pureza democrática. Un programa socialista de veinticuatro años supondría una perma-

nencia en el poder durante seis periodos de cuatro años, lo cual es prácticamente imposible de lograr, a no ser que se utilicen, indebidamente, desde el poder, todas las poderosas armas coactivas o inductivas que el Estado posee para doblegar las voluntades de los ciudadanos.

El solo hecho de que un partido se proponga un programa de esa larga duración, delata, sin lugar a dudas, su propósito de utilizar desde el primer instante de su mandato, todas las armas prohibidas antedichas para asegurar, a cualquier precio, el enquistamiento en el poder durante ese largo periodo.

Este desvergonzado propósito es claramente atentatorio contra las más puras esencias del sistema democrático, que exige un respeto absoluto a la libertad de las personas y de los restantes partidos políticos.

c) Si no supusiese un descarado intento de perpetuarse en el poder, primero, durante los veinte o treinta años en que ha de desarrollarse el programa, y después, una vez logrado el triunfo de la revolución lenta, por los siglos de los siglos, amén.

El primer estímulo para hacerlo me llegó al generalizarse el uso del término "felipismo", como sinónimo de "régimen felipista", es decir, al afianzarse la convicción de que, en la España actual, vivimos en un régimen simbolizado por una sola persona, como ocurre en los regímenes autoritarios.

Desde que llegó al poder el socialismo, he tenido el propósito de escribir sobre estos temores, pero no lo he hecho para evitar ser tildado de visionario catastrófica.

El segundo estímulo lo recibí al escuchar que alguien atribuía al socialismo español más carácter de secta que de partido político.

El tercer y definitivo estímulo lo he recibido hace unos días, cuando el propio señor Felipe González ha dicho públicamente que su programa completo está pensado para ser desarrollado en un periodo de veinticinco años.

En los sistemas democráticos, los partidos políticos no son arpones que se clavan en la carne del pueblo para no salir jamás.

No se puede aceptar, de ningún modo, que existan partidos políticos dispuestos a parasitar y corromper la democracia, para sustituirla por un sistema autoritario instalado sobre masas hipnotizadas, compradas o atemorizadas por el ejercicio abusivo del poder democrático y de la fuerza del Estado.

El tercer y definitivo estímulo lo he recibido hace unos días, cuando el propio señor Felipe González ha dicho públicamente que su programa completo está pensado para ser desarrollado en un periodo de veinticinco años.

(*) Profesor de Investigación